

to: «Almorzantos, como era natural, copiosamente en el primer restaurant que se nos presentó a las narices» (Pág. 45). «...cualquier rampón pela-cebollas...» «Pues a movernos todos, más o menos acompasadamente, más o menos como ramereros de pueblo o mozos de cordel!» (Pág. 31). «Ninguna verdad tiene contenido. Todas son huecas, enormemente huecas, vacías y hediondas» (Pág. 42).

No es que creamos que en una novela sólo se deban decir lindezas. Es que, como ya dijimos, aquí casi no hay novela. A esta misma conclusión llegará todo el que se lance a través de estas páginas «río arriba» y cuando alcance al final desconcertante. Entonces prácticamente lamentará haberse visto obligado a leer muchas páginas de comentarios banales, de frases altisonantes, de elucubraciones indecisas, con muy breves chispazos de verdadera literatura: en fin, todo un fárrago de cosas que, de tener ingenio, fuera humorismo, al menos.—*Nefthalí Agrella*.

POESIA

CIUDAD DE BRONCE, por *Fernando Binvignat*.

En la olorosa y bella tierra serense, este poeta delicado y romántico que es Fernando Binvignat vive su canción y su vida. Su noble oficio de maestro, cumplido con amor fervoroso, le va ganando almas, mientras el encaje de su estrofa pone una inquietud en el sosiego provinciano.

Esta *Ciudad de Bronce* (1), tan

(1) Cuadernos de poesía. — Empresa Letras. Santiago, 1932.

íntima a pesar de su título resonante, es ya la obra madura de un poeta que domina la forma y sabe lo que canta. Y aunque ha visto el desenvolvimiento de las escuelas de vanguardia, sólo ha tomado de ellas el vuelo de la imagen sugerente. Su temperamento le ha puesto a salvo en esta pretendida y fracasada revolución poética.

En *Las torres de mi ciudad* logra Fernando Binvignat tal sencillez artística, unida a una tan fuerte y emocionada evocación, que el poema es sencillamente maestro.

Torre de San Agustín,
tus viejas campanas
repican en gris.

Tu campana grande va surcando el
[día.
¡Oh claro recuerdo de Booz
y de Ruth moabita!

Torre de los Misioneros,
tu campana es
un anillo de oro en el viento.

Un anillo de oro en el viento:
la corona de un salmo
o la guirnalda del evangelio.

La opaca vida colonial de Chile, sin otras sorpresas que los cuartelazos periódicos y vergonzosos de los últimos años, ha tenido en los seis meses que acaban de irse dos grandes revelaciones literarias: *Ausencia*, de Torres Rioseco, y esta *Ciudad de Bronce* que sólo hemos podido comentar a la ligera.

FUEGO A BORDO, por *José María Souviron*.

Anclado en Chile desde hace algún tiempo, el escritor español de